



EL  
GUARDIÁN  
DE LOS  
SUEÑOS

ORSON  
SCOTT  
CARD

*El guardián de los sueños*, la impresionante recopilación de narraciones cortas de uno de los más aclamados escritores de la ciencia ficción moderna, está llamado a seducir a los millones de fans de Scott Card en todo el mundo. El libro contiene veintidós historias escritas desde 1990. En todas ellas, el lector comprobará la maestría del autor en su mejor momento. El libro contiene ciencia ficción, fantasía, y algunas de las mejores obras de ficción del autor destinadas al gran público. Además, incluye dos relatos procedentes del universo de Alvin Maker e introducciones del propio Scott Card para cada relato, con comentarios sobre su vida y su obra. Junto a *Mapas en el espejo*, esta colección completa la retrospectiva definitiva de la ficción breve del «mejor escritor que ofrece la ciencia ficción moderna», según el *Houston Post*.

*Para Andy y Debbie Linsay.*

*Lo importante es jugar...*

## Prefacio

EN mis comienzos como escritor, una de las razones por las que elegí el género de ciencia ficción fue porque existía un mercado viable de relatos... un mercado que pagaba, aunque no lo bastante como para poder vivir de él.

Fue algo, y sigue siéndolo, de vital importancia en el éxito de la ciencia ficción como género literario. Los relatos proporcionan a los escritores un terreno donde probar sus ideas y encontrar una voz propia, y un público que los incita a seguir con sus aplausos y sus abucheos.

El relato de un escritor novel se publica junto a otros trabajos de ficción, aunando esfuerzos para atraer a públicos heterogéneos ofreciéndoles técnicas narrativas diferentes.

Es como ser invitado a una fiesta multitudinaria de la que no conoces a todos los invitados, pero te ves forzado por la aglomeración a quedarte en medio de la gente y a participar en la conversación te guste o no.

Como los relatos no están bien pagados, todo el que pretende hacer carrera en la ciencia ficción tiene que dedicarse a escribir novelas tan pronto como sea posible. La novela es una forma de literatura distinta al relato y no todo el mundo aprende cómo hacer la transición, aunque la mayoría lo consigue.

Eso significa que las «estrellas» que podrían llegar a reinar en la fiesta se ven empujadas a cruzar esa puerta, y el nuevo escritor de relatos tiene la oportunidad de convertirse en el alma de la misma. Los escritores de relatos reciben atención y eso, a veces, es más importante que el dinero.

En serio.

Si te pagan tres mil pavos por un relato pero no percibes la más mínima reacción, el dinero terminará desapareciendo y te sentirás vacío. Pero si te pagan tres mil pavos por un relato y recibes un montón de comentarios, así como (quizás) una o dos recomendaciones para un premio Nebula, te sentirás mucho más animado. Incluso aunque alguien destroce por completo tu obra —a menos que seas tan frágil que no resistas el más mínimo traspies—, volverás a escribir para demostrarle de qué eres capaz.

Claro que si sólo te pagan treinta dólares, te lo tomarás como una afición y no como una profesión.

La situación que me encontré cuando llegué al campo de la ciencia ficción, era que existía un puñado de revistas que no pagaban demasiado ni demasiado poco. *Analog*, *Fantasy and Science Fiction*, *Galaxy* y, en aquel momento, *Amazing* y *Fantastic*. Las tres últimas no tardaron en desaparecer, pero pronto nació otra nueva —*Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*— que sobrepasó en ventas a todas las demás.

Entonces llegó *Omni* y, por un corto período de tiempo, animó el campo con pagos de varios miles de dólares.

Fue una época emocionante. *Asimov's* y *Analog* vendían más de 100 000 ejemplares por número, y *F&SF* no andaba lejos de los 80 000.

Hoy, el mundo ha cambiado. Las tiradas de las revistas son notablemente inferiores. Creo que la razón principal es que los quioscos han desaparecido. Ahora, para encontrar una revista de ciencia ficción, tienes que rebuscar en el estante más bajo de las cadenas de librerías Barnes & Noble o Borders; una persona alta tendría que arrodillarse para enterarse siquiera que dicho estante existe.

O quizá sea el declive de la ciencia ficción como género. O el declive de la calidad de la edición. O el auge de la fantasía como forma dominante de ficción especulativa. O el traslado de la ciencia ficción al cine y a la televisión, en

lugar de permanecer en el texto escrito. La verdad es que no pretendo conocer el motivo de que las tiradas estén ahora entre los 8000 y los 20 000 ejemplares, menos de una quinta parte de lo que solían ser.

Pero la necesidad de los relatos cortos no ha disminuido. Aún quedan nuevos escritores por descubrir.

Existen unas cuantas antologías excelentes que cubren el hueco. El problema es que la mayoría de esas antologías —por lo menos las que mejor se venden— reúnen a escritores conocidos, para que cada uno de ellos aporte su propio público al libro. Así que se margina a los escritores nuevos.

La única excepción es la extraordinaria serie *Writers of the Future*, que, desde hace décadas, se dedica a descubrir nuevos escritores y presentárselos al público. Muchas carreras importantes han empezado en las páginas de esa serie de antologías.

No soy el único que ha intentado encontrar una forma de utilizar la Red para reinventar las revistas de *sci-fi*. Mi modestamente titulada *Orson Scott Card's InterGalactic Medicine Show* (<http://www.oscigms.com>) es un esfuerzo por intentar mantener viva para los nuevos escritores la situación con la que me encontré cuando empezaba a escribir. Con ocasionales antologías en forma de libro, extraídas del cine online para ayudar a atraer gente de la Red a las librerías, espero que —conjuntamente con otros— podamos tener éxito.

Pero ¿y mis relatos? La verdad es que ya no suelo escribirlos. Llegué a la fiesta de los relatos, me entretuve allí un tiempo, y después pasé a las novelas, terreno en el que se cimentó mi carrera.

Una colección de relatos titulada *Mapas en un espejo* reunió la mayor parte de mis trabajos cortos durante el estadio formativo de mi carrera. Sólo fueron excluidos unos cuantos de los primeros relatos, los que pertenecían a ciclos como *La Saga de Worthing* o *La Gente del margen*,

además de los que eran fragmentos de novelas, como los relatos del Río Hatrack, que terminaron formando *El Séptimo hijo*, *El Profeta rojo* y *Alvin el aprendiz*.

Hemos quedado en que ya no escribo relatos, ¿verdad? Pero aquí estamos, con otro grueso libro de relatos de Orson Scott Card. ¿De dónde ha salido tanto material?

¿Cuáles han sido los alicientes para que un escritor establecido vuelva al mercado del relato? Aunque es cierto que las historias cortas necesitan menos tiempo de teclado que las novelas, no necesitan mucho menos de desarrollo. Es decir, madurar una historia hasta dejarla a punto para ser escrita requiere el mismo tiempo y esfuerzo, no importa cuál sea su extensión final.

Así que, ¿por qué dedicar tiempo a escribir relatos por unos cuantos cientos de dólares —a veces, unos cuantos miles—, si puedes cobrar mucho más convirtiendo esa misma idea en una novela?

No es una pregunta retórica, creedme. A veces, cuando llego tarde para entregar una novela con la que podría pagar unas cuantas facturas, y la dejo a un lado para escribir un relato que le he prometido a un editor de antologías, mi esposa me mira y me dice (aunque muy amablemente): «¿En qué estás pensando?»

Buena pregunta.

Entonces, ¿cómo termina un novelista serio con más de 200 000 palabras de relatos cortos, relatos largos y novelas cortas?

Una respuesta es que soy un escritor al que invitan a tomar parte en algunas antologías realmente fascinantes. Robert Silverberg me habló sobre una serie de antologías de ciencia ficción y fantasía de autores famosos, dirigidas por él, y me invitó a contribuir al volumen de *sci-fi* con un relato. Por supuesto, le respondí: «¿Bromeas?» No sólo es un amigo, sino una leyenda en nuestro campo y estaba seguro de que sería un gran libro.



O bien un completo extraño llega y me dice: «Estamos haciendo una antología de relatos sobre la guerra de Vietnam.» Y yo pienso: «No combatí en esa guerra, no he combatido en ninguna guerra y no sé qué puedo aportar para...» Y entonces, mi mente empieza a darle vueltas al asunto, y me doy cuenta de que existe una historia que puede escribir un tipo como yo. Así que voy y la escribo.

O resulta que quieren presentar un libro en una Convención Mundial de Fantasía, justo en el momento en que estoy desarrollando un fabuloso concepto sobre la fuente de todas las historias del Diluvio. Así que, en vez de esperar y terminar la novela, escribo un relato largo. Es una prueba. Sigo pensando en escribir la novela... algún día.

O viajo a otro país y veo una plaza tan fascinante que tengo que ambientar un relato en ella, y resulta que en ese momento estoy leyendo un libro fascinante sobre los elefantes y las dos cosas se juntan, y me siento obligado a escribir el relato.

O llega la Navidad, y en un momento tonto decido escribir un caprichoso relato sobre ella.

Es decir, que existen cuatro motivos que impulsan a un novelista —a este novelista por lo menos— a escribir relatos cortos:

1. La antología irresistible.
2. Los relatos para una ocasión particular.
3. La gran idea que necesitas plasmar en papel, así que la pruebas en un relato para ver si es lo bastante buena como para convertirla en novela.
4. La joya de una idea que ha tomado forma en tu mente y que simplemente tiene que existir como relato, aunque no ganes dinero.

Relato por relato, explicaré en un epílogo cómo o por qué nació cada uno de ellos. Aquí, simplemente confesaré lo sorprendido que quedé al darme cuenta de cuánto rela-

to he escrito a lo largo de los años. Y creo que parte de mi mejor trabajo se encuentra aquí.

Agradezco que estéis dispuestos a leer mis relatos, y espero que los encontréis dignos del tiempo que les dedicáis.

Pero también espero que recordéis que ahí fuera existen nuevos escritores que intentan tomar parte en la fiesta. Buscad las revistas —impresas u *on-line*—, y las antologías, y las colecciones. Dadles un tiento. Puedo prometeros que encontraréis —y más a menudo de lo que os imagináis— algo o a alguien maravilloso.

Porque si la ciencia ficción ha de sobrevivir como género, no será porque los lectores compren libros con nombres familiares en la portada.

Crecí en una época en la que el triunvirato formado por Heinlein, Asimov y Clarke dominaba el campo, pero ya no producen mucho. Murieron. Así que llegó una nueva generación. Y otra después de ésta. Si no hay una nueva generación que reemplace a la anterior, el género se convertirá en parte de la historia literaria y no será capaz de producir nuevos trabajos. Y si una nueva generación puede alzar el vuelo, será despegando del nido del relato.

# I. CIENCIA FICCIÓN

## LOS ELEFANTES DE POZNAN

*(The Elephants of Poznan, 2000)*

EN el centro de la vieja Poznan, desde tiempos inmemoriales capital de la provincia de la Gran Polonia, existe una plaza pública llamada Rynek Główny. Las casas que la circundan no son tan encantadoras como las de Cracovia, pero las han pintado de una forma tan adorable, están dotadas de una elegancia tan marchita, que te roban el corazón. La plaza sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial más o menos intacta, pero, aparentemente, el gobierno comunista no pudo soportar la idea de desperdiciar tanto espacio. ¿Qué uso le dio? Las plazas públicas eran para las manifestaciones públicas, y una vez los comunistas tomaron el control en nombre del pueblo, dictaminaron que ya no eran necesarias dichas manifestaciones. Así que levantaron un edificio rechoncho y feo en medio de la plaza, de un estilo tan brutalmente moderno, que le absorbió toda la vida. Tenías que estar de espaldas a él para poder disfrutarla.

Estuvimos viendo aquel horrible edificio durante tantos años que apenas lo notábamos ya, excepto cuando teníamos que disculparnos ante los visitantes, recordando pesados los viejos tiempos del comunismo y apreciando la ironía de que los ocupantes de aquella construcción tan falta de gusto incluyeran un restaurante, una librería y una galería de arte. Cuando llegó la plaga y la ciudad fue tan cruel y repentinamente evacuada, los que no pudimos huir de Poznan, los que no pudimos soportar la idea de pasarnos el

resto de la vida en pleno campo, nos trasladamos al centro y nos apropiamos de las casas que rodeaban la plaza. A medida que pasaba el tiempo, aquel horrible edificio llegó a convertirse en parte del atractivo de la plaza, porque formaba parte de la vieja y atestada ciudad perdida para siempre. Igual que las tazas de los cuartos de baño con pequeñas plataformas para examinar los excrementos nos recordaban las muchas décadas de dominio alemán, aquel edificio también formaba parte de nuestro pasado y, por su mera permanencia entre nosotros, no sólo formaba parte de nuestro pasado sino de nosotros mismos. Si venerábamos los huesos y otras partes del cuerpo de los santos, ¿no podíamos encontrar alguna santidad en aquella cosa infame? Era la reliquia de un tiempo en el que creíamos sufrir, pero al que habríamos regresado gustosamente, aunque fuera únicamente para escuchar los gritos de los niños en la calle, para ver cómo las floristerías vendían el multicolor exceso de la ubérrima naturaleza, manchas de colores vivos que nos mostraban que Polonia no era gris en esencia.

Hasta esa plaza llegaron los elefantes, un grupo de machos abriéndose camino en un silencio aparentemente absoluto, aunque el temblor de las ventanas indicaba que hablaban entre sí mediante infrasonidos, con notas tan bajas que el oído humano era incapaz de captarlas, pero que una mano humana percibía en el cristal. Por supuesto, hacía años que veíamos elefantes en los jardines del Poznan suburbano, manadas de hembras con sus crías siguiendo a la matriarca o pandillas de machos maduros matando el tiempo, hasta que uno de ellos entraba en un frenesí sexual y se alejaba en busca de la hembra en celo más cercana. Primero especulamos sobre su procedencia, sobre si sus antepasados se habrían escapado de un zoo o un circo durante la plaga, pero pronto comprendimos que había demasiados para que fuera eso, veíamos demasiadas manadas distintas. Gracias a Radio Day, una de las pocas emisoras que aún funcionaba, supimos que los elefantes habían seguido el

curso del Nilo, cruzado a nado el canal de Suez, se habían diseminado por Palestina, Siria y Armenia, luego cruzado el Cáucaso, y después, alimentados por los trigales ucranianos bañados por la corriente de Bielorrusia, y tras barritar por las fronteras de Estonia y Pomerania invocando a algún dios marino, exigido el paso a tierras vírgenes jamás holladas por sus cortas y enormes patas, sus curiosas trompas, su punzante marfil, y la profunda y monótona música de los nuevos gobernantes del mundo.

¿Por qué no debían gobernarlo? Nosotros sólo éramos reliquias que habían tenido la desgracia de sobrevivir a la plaga. De cada cien mil, sólo quedábamos cincuenta o cien. Y mientras escarbábamos entre las ruinas, mientras amontonábamos tierra sobre los cadáveres extraídos de las zonas en las que pretendíamos vivir, mientras luchábamos por aprender cómo hacer funcionar un generador o dos, algún que otro un camión, las radios que sólo utilizábamos una vez a la semana y luego una vez al mes y después una vez al año, fuimos comprendiendo que no habría más niños. Nadie podía concebir. Nadie podía criar. La enfermedad nos había esterilizado a todos. Nunca nos recuperaríamos de la plaga. Para nuestra extinción no hizo falta ningún misil celestial que despedazara la Tierra u oscureciera el cielo todo un año. Ninguna otra especie compartiría nuestro destino. Nos habían eliminado quirúrgica, minuciosa, meticulosamente: un tumor extirpado por una delicada mano vírica.

Así que no envidiábamos a los elefantes porque poseyeran los campos y los bosques. Los machos podían arrancar árboles para demostrar su fuerza y ningún propietario exigía que Control de Animales se presentara para encargarse de aquellas bestias alborotadoras; las hembras podían reunir a sus crías en graneros y establos para protegerse del frío invernal, que ningún propietario las echaría. Sólo unos cuantos desmenuzados huesos y hebras de pelo indicaban el lugar donde caballos y reses habían muerto de

hambre al desaparecer sus amos demasiado rápidamente para pensar en liberarlos de sus establos y sus corrales.

¿Por qué habían acudido los machos a la ciudad? Allí no tenían nada para comer. Nosotros no teníamos nada para comer. Cuando ya no hubiera bicicletas que repartir y no pudiéramos improvisar más carros, hasta nosotros tendríamos que abandonar la ciudad y vivir cerca de la comida que pudiéramos obtener de los campos desatendidos. ¿Por qué se congregaban los elefantes en una ruina como aquélla? Por curiosidad, quizá. Pronto descubrirían que allí no había nada para ellos y se marcharían.

Nuestra impaciencia crecía a medida que pasaban las horas, y los días, y seguíamos topándonos con ellos por las calles de la ciudad. ¿No comprendían que vivíamos en el corazón de Poznan porque queríamos estar en un ambiente humano? ¿No notaban nuestro resentimiento por su intrusión? El resto del mundo era suyo. ¿No podían dejar de profanar aquellas criptas construidas con nuestras propias manos en nuestros días de gloria?

Gradualmente nos dimos cuenta —en realidad me di cuenta yo, pero los demás comprendieron que tenía razón— de que los elefantes no habían venido a explorar Poznan, sino a observarnos a nosotros. Podía pedalear en mi bicicleta hasta un cruce de calles y ver a un elefante siguiéndome pesadamente por una calle paralela; podía dar media vuelta y encontrarlo detrás de mí, y sentir la vibración en la caja torácica o en la frente, señal de que hablaban entre sí y de que otro elefante no tardaría en acercarse para ver hacia dónde me dirigía, vigilar lo que hacía y seguirme hasta casa.

¿Por qué les interesábamos? Los humanos ya no los matabamos por su marfil. Íbamos a morir y el mundo era suyo. Yo, que sólo tenía siete años cuando se desató la plaga, ahora paso de los treinta, y muchos de los supervivientes más viejos ya estaban a las puertas de la muerte, o estudiando los folletos y haciendo las reservas, con la Biblia